

vos: asegurarse la superioridad militar y desplazar, en la medida de lo posible, una respuesta nuclear sobre el territorio de Estados Unidos".

El desaliento mayor de la opinión pública europea, movilizado por la izquierda principalmente, pero que prende seriamente en otros sectores políticos, es el de la desaparición de cualquier esperanza de sobrevivir en caso de una guerra nuclear. La realidad es que, antes de esta decisión, las esperanzas eran muy escasas, pero había una: la de continuar la vía del desarme y profundizar en la reducción de las tensiones. La decisión de la OTAN acaba bruscamente con esa esperanza. Hay, ciertamente, una muy bien afinada: la de que no habrá tal guerra. Como decía al principio, esa creencia se va deteriorando. Aun así, aun aceptando que la guerra es demasiado brutal para que suceda, aparece como muy clara la reanudación de la guerra fría en grandes niveles. El recuerdo de lo que fue la guerra fría en sus momentos más agudos, entre la muerte de Roosevelt y la de Stalin, no tranquiliza a nadie en Europa: se vivió en un riesgo continuo durante años. En un momento de crisis como éste, que es sobre todo un complejo formado por diversas crisis concomitantes, la gravedad de la tensión puede ser máxima. Lo que ve la izquierda con inquietud es que una guerra fría es una paralización inmediata de los mecanismos de progreso, una toma de poder absoluta por los grupos más conservadores y una discriminación automática contra toda la izquierda. Advértase que ya los prolegómenos de la crisis económica habían ido sustituyendo los Gobiernos socialistas y socialdemócratas de Europa por los conservadores y los falsos centristas. Donde no ha sido así todavía, como en Alemania Federal, la socialdemocracia gobernante ha ido inclinándose cada vez más hacia el derechismo. Bonn ha sido la primera capital en responder afirmativamente a la propuesta americana de "modernización" del sistema de defensa.

En cuanto a la propuesta de reducción de tropas que desde el lunes ha hecho la OTAN al Pacto de Varsovia, parece, prácticamente, una cobertura de la otra operación. Se trata de la retirada

de soldados americanos en la proporción de tres mil por treinta mil soviéticos que sean sacados fuera del "teatro", fuera del "escenario". La URSS había comenzado ya esta operación con la retirada de sus tropas —unilateral— de Alemania Democrática, pero esta medida no ha impresionado nada en Washington ni en Bruselas. Está lejos de las proporciones requeridas. Al mismo tiempo, se propone que la cuestión del armamento nuclear estratégico sea tratada en profundidad por la nueva fase de las conversaciones Salt entre la URSS y los Estados Unidos. Es una proposición vergonzante. Europa no debería tolerar que las armas nucleares estuvieran en su territorio mientras las conversaciones las llevaran solamente los dos países propietarios. Pero Europa no está, al parecer, en medida de tolerar o de no tolerar. Tiene, sobre todo, unos Gobiernos que no deploran la "modernización" porque sirve a sus intereses. El diputado socialista francés Jean-Pierre Chevènement dice a este respecto: "Se ve bien donde está el interés de los Estados Unidos en el 'affaire' de los Pershing: consigue a la vez un medio de control sobre Europa y sobre la URSS. Se ve bien, también, el interés de los medios de la derecha, que no en-

topan su gran arria de la amenaza soviética más que para hacernos más deseable la protección americana".

Todo este gran miedo actual no está, naturalmente, solo. La crisis, queda dicho, es un complejo. Está el tema del petróleo, que aparece independiente de la Unión Soviética, pero que podría llegar a ser un "casus belli". Ya el viernes, con las noticias alarmistas primero, mitigadas después, del enfrentamiento fronterizo entre el Irak y el Irán —un tema que puede volver a crecer pronto—, toda Europa tembló ante la posibilidad de una auténtica guerra en la gran zona petrolífera iraní y en la frontera con la URSS. Ya unos días antes, la nueva elevación de precio del petróleo por Arabia Saudita, que va a extenderse a partir de la reunión de la OPEP en Caracas, hizo pensar a muchos que la guerra, a la larga, es inevitable. Es decir, que el riesgo de extenuación del mundo de Occidente por falta de energía es tal que reduce el alcance del otro riesgo, el de una guerra colonial, por decirlo así. Podría pensarse que el nuevo belicismo de la OTAN y la forma de reanudar por todos estos medios la guerra fría sería una acción doble: 1) advertir a la URSS que si se llega a una guerra total en los países árabes del petróleo,

incluso en sus propias fronteras, deberá no moverse porque de otra forma se expondrá también a la guerra total (típico lenguaje de guerra fría); 2) preparar a Europa psicológicamente para una clase de guerra que puede producirse; el peligro de la energía es ya una realidad que palpa; el peligro soviético se producirá fácilmente como complemento al de la energía.

¿Cuál es la alternativa que se puede proponer a esta situación? Una conferencia general y amplia de desarme en Europa, comprendiendo otros muchos puntos más allá del tema de los misiles. No dejar que la cuestión del desarme sea tema únicamente de negociaciones entre la URSS y los Estados Unidos, en las que Europa puede aparecer como una inerte moneda de cambio. La izquierda propone también que la cuestión de la energía siga planteada a otros niveles: los del reparto de la riqueza y de la pobreza en los países afectados, y no sólo la descarga de la nueva pobreza en las clases tradicionalmente vulneradas por cualquier cambio social. Pero decir la izquierda es decir mucho. No cesa de estar dividida. Y el miedo a ser confundida con una actitud prosoviética —miedo típico de guerra fría— la paraliza en muchos aspectos. ■

## LOS TAMBORES DE LA OTAN

JOAQUIN RABAGO

**N**O hubo realmente sorpresas en la reunión, la pasada semana en Bruselas, de los ministros de Asuntos Exteriores de la OTAN. Sólo, como señaló "Le Monde", un "falso suspense" de última hora. Holanda mantuvo su negativa a la instalación de los 48 misiles de alcance medio (del total de 572) que le tocaban, igual que a Bélgica, en el reparto (1). Una negativa provisional: por dos años, plazo después del cual se replanteará el tema. El Gobierno belga, también con problemas en casa, dio un sí condicionado a la revisión al cabo de seis meses.

Pese a ello, el Consejo Atlántico aprobó, como esperaba Washington, el programa de modernización de

las armas nucleares del llamado "teatro europeo". Las presiones norteamericanas, con visita del propio secretario de Estado, Cyrus Vance, a varias capitales europeas, incluida Bruselas, y el voto inequívocamente afirmativo de británicos, italianos y germano-occidentales fueron determinantes. Sobre todo, el de estos últimos, ya que es en la RFA donde debe instalarse el grueso del nuevo arsenal: los 108 "Pershing 2", más 96 misiles crucero. A Gran Bretaña van destinados en principio 179 de estos últimos misiles, y a Italia, 112.

La postura favorable de Helmut Schmidt, que acababa de barrer en el Congreso berlinés del SPD al ala izquierda de su partido (incluso Wehner, veterano artífice de la *Ostpolitik*, acabó adhiriéndose a las tesis del canciller) tiene su explicación. Ahora se recuerda, en efecto, que fue el propio Schmidt quien dio pie al programa de modernización del armamento nuclear europeo, luego impulsado por Norteamérica,

con un discurso que pronunció, en octubre de 1977, en el Instituto de Estudios Estratégicos de Londres.

### Algo más que un complejo militar-industrial

Hay que reconocer que la campaña ha sido eficaz. De poco sirven las voces de los ciudadanos —o las manifestaciones pacifistas como la que tuvo lugar en Bruselas— cuando los grupos de presión controlan los grandes medios. Y no basta tampoco hablar —nos recuerda oportunamente el economista norteamericano John K. Galbraith (citado por "Le Nouvel Observateur"), de un complejo militar-industrial como aquel contra el cual ya advertía a los políticos Eisenhower. Se trata de una red mucho más extensa y bastante más intrincada. Hay detrás toda una burocracia y un sector creciente de la Universidad

(1) Por un error, en el trabajo "Europa, de compass", publicado la semana pasada, se decía que Holanda "no debía acoger" los nuevos misiles en su territorio. Quise decir que Holanda "no los acogería" (por la negativa de su Parlamento).

(de esos "think tanks" que son algunas Universidades norteamericanas) que investiga más para la guerra que para la paz.

Los Kissinger, los Haig, los Munn, los Jackson o los Goldwater (influyentes halcones del Senado estadounidense los tres últimos) son sólo algunas de las cabezas visibles de ese oscuro conglomerado de intereses que integran nombres comerciales como Lockheed, Douglas, General Dynamics, General Electric, Northrop, Pratt and Whitney.

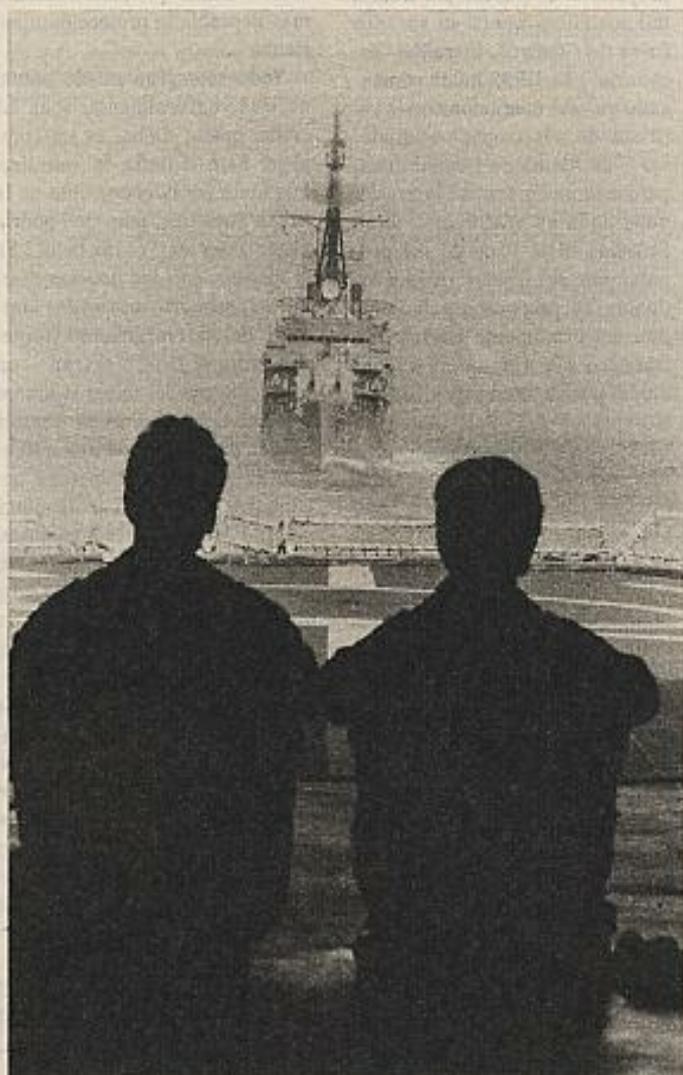
No es la primera vez, ni por supuesto será la última, que los voceros del rearme esgrimen el espantajo de una supuesta superioridad militar del Pacto de Varsovia. Ya se hizo a comienzos de los años cincuenta a propósito de los bombarderos, y de esa forma el Strategic Air Command consiguió reunir los fondos necesarios para poner en pie una descomunal flota de B-47 y de B-52. Después se demostró que los informes secretos exageraron la capacidad ofensiva soviética.

Algo parecido ocurrió al final de esa década y comienzos de los sesenta con el llamado "missile gap". Un nuevo informe de la CIA sobre el arsenal soviético sirvió a Kennedy de pretexto para iniciar un ambicioso programa de fabricación de cohetes intercontinentales y de misiles instalados a bordo de submarinos. También en este caso se descubriría después que se había tratado de una falsa alarma y que la superioridad estratégica, en este campo como en otros, había correspondido siempre a Norteamérica.

En los últimos años le ha tocado el turno a la "amenaza soviética en el mar". Esta ha dado pie a la Armada estadounidense para exigir nuevos fondos destinados a la construcción de destructores, submarinos nucleares y vehiculos anfibios que permitan a Washington intervenir de modo inmediato en cualquier lugar del globo.

## La "ventana de vulnerabilidad"

El último invento es la tesis sobre la llamada "window of opportunity" o ventana de vulnerabilidad (véanse, por ejemplo, los trabajos del periodista especializado Walter Pincus en "The Washington Post"), término con el que se designa a un período de unos cuatro años, fijado a comienzos de la década que ahora iniciamos y durante el cual se supone que Norteamérica será vulnerable al arsenal estratégico soviético. Ese período sólo se superará con la instalación de los nuevos y costosísimos sistemas de misiles móviles como el MX, recién aprobado.



En un momento de crisis como ésta, que es sobre todo un complejo de crisis concomitantes, la gravedad de la tensión puede ser máxima. En la foto: unidades navales de la OTAN en el Mediterráneo.

Naturalmente, las teorías difundidas durante los últimos meses sobre una supuesta inferioridad de la OTAN en armas convencionales y euroestratégicas frente al Pacto de Varsovia, hay que entenderlo en relación con este tipo de campañas donde la información y la propaganda se confunden sin que se sepa bien dónde acaba una y comienza otra.

Porque, como explicaba recientemente un semanario tan poco sospechoso de pro-sovietismo como "Le Nouvel Observateur", en un excelente informe dirigido por François Schlosser, la CIA y el Pentágono han recurrido con profusión a la hipérbola a la hora de dar cifras sobre hombres y de armas del Pacto de Varsovia o cuando se trataba de calcular el presupuesto destinado por el Este a defensa. Esto último, como pretexto para justificar ante la opinión pública el porcentaje del PNB cada vez más elevado que los países de la OTAN dedican a gastos militares. Estos días, Carter

aprovechaba la crisis iraní y el aumento de su popularidad entre los norteamericanos para anunciar un aumento medio del presupuesto dedicado a defensa en un 4,5 por ciento por encima del nivel de inflación. Exactamente lo contrario de lo que prometió en su ya olvidada campaña electoral.

Según ciertos informes de la CIA, la URSS dedica a gastos militares en torno a un 13 por 100 de su producto nacional bruto, lo que equivaldría a una o dos quintas partes más que el presupuesto militar norteamericano. Sin embargo, según el Instituto Internacional para Investigaciones sobre la Paz de Estocolmo (SIPRI), para llegar a esas conclusiones, los expertos norteamericanos agrupan todo el potencial militar soviético y calculan lo que costaría su equivalente en dólares. Sin tener muchas veces en cuenta, por ejemplo, que las fuerzas norteamericanas se nutren de voluntarios, mientras que en la URSS existe el reclutamiento obligatorio, que

cuesta infinitamente menos por cabeza.

## Una situación geoestratégica desfavorable

Algo parecido ocurre cuando se comparan cuantitativamente los respectivos arsenales. En ese tipo de cálculos se ignora el hecho de que la URSS tiene la mayoría de sus misiles intercontinentales en sitios fijos, por lo que son bastante más vulnerables a un primer ataque por sorpresa del enemigo, mientras que Norteamérica tiene instalados muchos de sus misiles a bordo de submarinos nucleares. Como se ignora que la Marina soviética está en buena medida anticuada, le falta protección aérea y apenas dispone de capacidad anfibia. Además, parte de la flota de la URSS está metida en una especie de ratonera como es el Mediterráneo o como es también el mar Negro. Y el Ártico, a su vez, permanece helado buena parte del año.

En 1976, la URSS, que sólo disponía de algunos portahelicópteros, construyó su primer portaaviones, el "Kiev", al que sucedió, el pasado febrero, el "Minsk", y al que deben seguir los dos últimos de la serie. Todo ello ha servido naturalmente para que los almirantes norteamericanos pusiesen el grito en el cielo.

Por lo que a la calidad del armamento se refiere, y a su tecnología, resulta absurdo negar la superioridad occidental. ¿Qué carros soviéticos son equiparables al Leopard alemán o al XM norteamericano? ¿Qué aviones admiten comparación con los modernísimos Alfa Jet, Jaguar, A 10 Thunderbol o Tornado?

Un alto responsable militar norteamericano se quejaba significativamente, hace unas semanas, del cada vez más bajo nivel intelectual de los voluntarios que piden el ingreso en las Fuerzas Armadas de ese país, cuando la complejidad tecnológica de los nuevos sistemas exige justamente lo contrario.

Son, todos estos, datos que debe conocer la opinión pública. Porque no se trata de negar la evidencia del rearme de la URSS ni de restar importancia a los SS-20 o a los Backfire. Se trata más bien de buscar fórmulas que reduzcan la peligrosa tensión en Centroeuropa y favorezcan el rápido desmantelamiento por el Pacto de Varsovia de unos sistemas que, desde la Europa Occidental, se ven como amenaza. Pero esto no se logrará, provocando una nueva espiral de armamentos como la que pueden desencadenar las nuevas armas norteamericanas de alcance medio, si es que llegan por fin a instalarse. ■